

Jueves 10 de octubre de 2016
Memoria de San León Magno

Filemón 7-20; Salmo 145; Lucas 17, 20-25

“¿Cuándo llegará el Reino de Dios?”, preguntan los fariseos.

“Ya está aquí”, responde Jesús. ¿Aún no se dieron cuenta?

No ha venido como ustedes esperaban, tal vez por eso no se enteraron.

No se manifiesta como ustedes deseaban, quizá por eso no comprenden.

No es como ustedes pensaron, acaso por eso no lo entienden.

No tiene que ver con sus intereses, ¿será por eso que no lo aceptan?

Está presente, pero no “aquí” o “allí”, no corran para buscarlo, tiene que ver con el Hijo del Hombre, viene como un *relámpago*, quizá después del trueno que atemoriza, en medio de la tormenta que arrecia...

No se presenta con ostentación, a modo de espectáculo para los pocos que puedan comprar boleto en el teatro, en el estadio, para el festival...

No hay que correr detrás de él, porque está entre nosotros, dentro de nosotros. Donde vamos, con nosotros viene, incluso cuando lo huimos...

No es objeto de definición, por eso se dice en parábolas...

Hay que escucharlo, sentirlo, experimentarlo, mostrarlo. Es necesario dejarlo crecer, adherirse, discernirlo en el emerger de la vida cada día, para que sea nueva...

No depende de nosotros, pero está en nosotros y pide que nos introduzcamos en su dinámica. Por eso tiene que ver con la esperanza: el futuro está abierto por la gracia.

Nos sorprende en la cotidianidad, no olvida ni pasa por alto nada de lo bueno que hay entre nosotros; acepta nuestras programaciones, pero no se consume en ellas; quiere modelarnos, pero no acepta nuestros moldes; reconoce nuestras limitaciones, pero no se banca nuestras terquedades...

Es extraordinario, pero está en lo ordinario. Se abre paso en la *sacralidad* de la vida y no acepta que lo enfrentemos con lo profano, que tan sólo es lo que está fuera del templo, donde anidan dimensiones insospechadas de lo divino...

Se halla en la *sacramentalidad* de la existencia, en la primacía de la gracia, en la mística de los pueblos y las culturas, en la hermosura de lo pequeño, en la grandeza de lo cotidiano, la eternidad de cada instante...

Está, en fin, allí donde se halla Jesús... “Lo que hicieron o no a cada uno de estos, mis hermanos más pequeños, lo hicieron o no conmigo...” (Mt 25).

El Reino de Dios está en Pablo cuando recomienda a Filemón, hombre libre y potentado, que reciba a Onésimo, esclavo huido, perdonándolo y reconciliándose con él como hermano.

¿Cuáles serán nuestras *parábolas* de hoy para dar a conocer que el Reino de Dios está presente? Quizá...

- *Reconocer la gracia* desde nuestras pobreza.- “Anhelar ser contados entre los pobres de Cristo”, decía san Agustín. “Dios será nuestra posesión común, Él será nuestra paz común”.
- *Aceptar la gratuidad*.- Lo que somos por gracia de Dios lo somos. “A nadie se le ocurrirá decir que después de haber bebido sale ganando la fuente, ni que después de haber visto sale beneficiada la luz”, escribía también el Obispo de Hipona.

- *Vivir la fe desde la pequeñez* del grano de mostaza, sin propuestas heroicas, pasando de la épica a la ética, de la grandilocuencia al amor: “A Dios solamente lo conocen los pequeños, los más humildes”, reconocía también el Doctor de la gracia.

Y confiar, confiar siempre, siempre confiar: Dios conoce lo más profundo de nuestro ser, es Él quién lo ha modelado con sus propias manos. No perder la calma...

Jesús ha cumplido ya su parte. Nos pide a nosotros, sus discípulos, que aportemos la nuestra. Seguramente no tenemos soluciones para muchas problemáticas de nuestro tiempo, pero sí nos corresponde sugerir respuestas, porque Jesús, que no tenía soluciones para todo, sí proponía alternativas...

- No todos ven desde esta luz. Nosotros sí. Nos corresponde testimoniarla con esperanza.

- “Esperanza –quizá- sin optimismo”: “Es una locura seguir haciendo lo mismo y esperar resultados diferentes”, decía Albert Einstein.

- «No somos optimistas; no presentamos una visión agradable del mundo con la que todos puedan entusiasmarse. Allí donde nos encontremos no tenemos más que una pequeña tarea concreta, estar del lado de la justicia, con los pobres» (Herbert McCabe, OP, 1926- 2001).

- Sí somos personas de esperanza. Ésta con frecuencia no tiene que ver con el optimismo. Creemos en el Dios de la vida y confiamos en el hombre, que es su imagen. El Mesías irrumpe en la historia para proponer el reinado de Dios, es decir, alternativas de vida: trastocando, desafiando, transformado, liberando. Lo llamamos «conversión». Nos corresponde discernir situaciones y concretar acciones en favor de una vida que merezca la pena ser vivida.

La vida merece la pena ser vivida porque es don de Dios y Él la sustenta, no obstante las «contorsiones» de la historia. Nuestro pueblo sí sabe de estas cosas, tal vez más que nosotros, a veces obnubilados por las luces de tantas ilustraciones. Nuestro pueblo no necesita –me parece- pastores que lo saben todo, sino hermanos que lo acompañan compartiendo carismas que se concretan en ministerios.

Es ilustrativo el verso del poeta José María Pemán asumido por el P. Diego Gutiérrez Pedraza, agustino, primer obispo de la Prelatura de Cafayate, cuando asumió como Administrador Apostólico en 1969 y lo propuso como orientación de su acción pastoral y anhelo para su pueblo:

*“... al nacer cada mañana
tan sólo le pido a Dios
casa limpia en que albergar,
pan tierno para comer,
un libro para leer
y un Cristo para rezar”.*

Una tierra, un techo, un trabajo... dice nuestro Papa Francisco.

En este día en que conmemoramos a San León, primero de los papas denominados “Magno”, el Papa del Concilio de Calcedonia, del reconocimiento de la plena humanidad y la plena divinidad de Cristo, se nos recuerda una vez más: El Reino de Dios ya está aquí, está entre nosotros, dentro de cada uno de nosotros, nos corresponde exteriorizarlo...

“¿Cuándo llegará el Reino de Dios?”, preguntaron los fariseos.

“Ya está aquí”, respondió Jesús. ¿Nos introduciremos en su dinámica?